

DERIVACIONES OCULTAS DE “EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES”

Pocas obras de las letras hispánicas ofrecen los problemas bibliográficos que presenta esta importante obra del siglo XVIII. Problemas de autoría, de lugar y fecha de edición, de texto, de sentido o posibles claves...

Verdad es que la crítica ha avanzado en la dilucidación de algunos de ellos y ha aportado ciertas precisiones, pero también es verdad que aún quedan varios sin resolver. Como si todo o casi todo lo que se vincula a *El lazarillo de ciegos caminantes* estuviera signado por lo inesperado o extraño, quiero mostrar aquí, en otro plano, que también en el particular aspecto de la derivación o descendencia del *Lazarillo* americano aparecen notas poco comunes.

En efecto, considerando el aprovechamiento ulterior de noticias contenidas en la obra, advertimos que se puede establecer esta elemental distinción: *a)* citas, con referencias concretas; y *b)* aprovechamiento de datos, sin mencionar su origen.

En el primer caso, vemos que, más allá de los signos un tanto misteriosos que envuelven al libro, y a pesar de que entre la primera y segunda edición transcurrieron cerca de un siglo y medio, *El lazarillo de ciegos caminantes* fue conocido y aprovechado en la centuria pasada. Y, claro, más conocido y aprovechado en nuestro siglo.

Quiero referirme en este trabajo a la segunda derivación, de las dos que he mencionado. Descendencia que-repito-se presenta con un carácter más llamativo o sorprendente.

Sobre todo, me sirve uno de los episodios más recordados del libro: la descripción de los «tucumanes» o «gauderos tucumanes» así los llama, y no «tucumanos», Carrió de la Vandera). Descripción, en parte idealizada y en parte satírica, de tipos humanos que Carrió encontró en el noroeste de lo que es hoy el territorio argentino. A lo que agregó el realce de la belleza del paisaje, como fondo magnífico, y, no menos, el gusto de lector de obras clásicas.

En segundo lugar, y anudando especialmente con datos vinculados a los gauderos (de ambos lados del Plata), testimonios relativos al vasto escenario de la pampa.

Vayamos ahora por partes. Como he dicho, algunas de las noticias de *El lazarillo de ciegos caminantes* tuvieron durante el siglo XIX bastante difusión. La diferencia que conviene establecer — reitero — es que no se las mencionó como correspondía. O, mejor, no se hizo la cita con el nombre del autor y la obra de donde procedía.

Fundamentalmente, quiero hacer hincapié en el episodio de los gauderios del Tucumán, escenas que han pasado con frecuencia a las antologías, aunque no son las únicas dignas de recuerdos. Selecciono a continuación algunos pasajes:

...así el corto número de colonos se contentan con vivir rústicamente, manteniéndose de un trozo de vaca y bebiendo sus alojás, que hacen muchas veces dentro de los montes, a la sombra de los coposos árboles que producen la algarroba. Allí tienen sus bacanales, dándose cuenta unos gauderios a otros, como sus campestres cortejos, que al son de la mal encordada y destemplada guitarra cantan y se echan unos a otros sus coplas, que más parecen pullas...

Un viejo, que parecía de sesenta años y gozaba de vida ciento cuatro, estaba recostado al pie de una coposa haya, desde donde daba sus órdenes...

...señor Gorgonio... Sea enhorabuena, dijo el honrado viejo, y salga en primer lugar a cantar Zenobia y Saturnino, con Espiridión y Horno de Babilonia...

Ya el visitador había sacado su reloj dos veces, por lo que conocimos todos que se quería ausentar, pero el viejo, que lo conoció, mandó a Rudecinda y a Nemesio que cantasen tres o cuatro coplitas...

...Que los versos de su propio numen eran tan buenos como los que cantaron los antiguos pastores de la Arcadia, a pesar de las ponderaciones de Garcilaso y Lope de Vega. También extrañamos mucho los extravagantes nombres de los hombres y mujeres, pero el buen viejo nos dijo que eran de santos nuevos que había introducido el doctor don Cosme Bueno en su Calendario¹...

Es justo observar, de inmediato, que la descripción de Concolorcorvo ganó notoria difusión internacional. Pasó a Europa (olvidemos, aquí, el lugar, Gijón, que figura en la portada). Pasó a Europa y, como no podía ser menos, volvió a América sin que se reconociera el origen del pintoresco texto.

Veamos ejemplos indudables. Durante el pasado siglo ganó fama y difusión, atestiguadas por numerosas ediciones y traducciones, la *Geografía universal* de Conrado Malte-Brun². Pues bien, advierto que la descripción del Tucumán y los tucumanos que aparece en Malte-

1. Ver Concolorcovo, *El Lazarillo de ciegos caminantes*, ed. de Barcelona, 1973, p. 247-252.

2. Malte-Brun (1775-1826) nació en Thisted, Dinamarca. En su patria vivió hasta que fue desterrado por motivos políticos. Se radicó en Francia en la época napoleónica. Allí alcanzó notable fama por diversas obras de carácter geográfico que difundieron su nombre por el mundo. Dos obras se destacan notablemente en su bibliografía: la *Géographie mathé-*

Brun no es otra cosa que el aprovechamiento comprimido (en parte, traducción) del pasaje de Concolorcorvo.

Los habitantes del Tucumán — dice Malte-Brun —, ricos con sus ganados, sin ambición y sin cuidados, terminan sus faenas por medio de reuniones campestres, en donde a la sombra de hermosos árboles, bajo la presidencia de algún respetable patriarca de las aldeas, los jóvenes zagales u zagalas improvisan, al son de una guitarra rústica, cantos parecidos a aquellos que han embellecido Virgilio y Teócrito. Todo, hasta los nombres griegos, escogidos de un calendario griego [nota] recuerdan al sorprendido viajero la antigua Arcadia. Por otra parte, el pastor o *gaucho* del Tucumán, o si se quiere, el *mamelucho*, como se le llama vulgarmente, es muy aguerrido y tan libre como el aire que respira.

[Nota]:

Por ejemplo, Nemesio, Corgonio, Espiridión, Nazaria, Rudesinda, etc. †

A su vez, en una curiosa serie de encadenamientos, y prueba de la difusión de la obra de Malte-Brun, es el hecho de que algunos viajeros la tuvieron presente, al referirse precisamente al o a Tucumán. No lo cita con su nombre, pero sí como «un geógrafo célebre», el viajero francés Arsenio Isabelle, que estuvo por el Río de la Plata en la década del 30 y que nos dejó una útil descripción de los lugares que visitó en la América del Sur.

Es justo señalar, sin embargo, escribió Isabelle, que entre esos pastores, los de la provincia de Buenos Aires, Banda Oriental, Entre Ríos, Santa Fe y aun Córdoba, que viven lejos de las mujeres, en medio de soledades inmensas, son los más embrutecidos y viciosos, mientras que los apacibles pastores de Tucumán y de toda la parte alta del país, que viven reunidos en pequeños grupos de población, ofrecían en todas partes, con anterioridad a las guerras que desolaron esas vastas llanuras, y ofrecen todavía en muchos lugares, el espectáculo de las inocentes costumbres de la antigua Arcadia. «Jóvenes parejas —

matique, physique et politique de toutes les parties du monde (en colaboración con Edme Mentelle et Hervin, 16 vols., París 1803-1807); y, sobre todo, el *Précis de géographie universelle ou description de toutes les parties du monde, sur un plan nouveau...* (8 vols., París, 1810-1829). Podemos agregar, en otra dirección, una tercera: los *Annales des voyages, de la géographie et de l'histoire...* (obra dirigida por Malte-Brun, 24 vols. y 1 índice, París, 1808-1814).

Su obra más famosa, traducida a varias lenguas, fue el *Précis de géographie universelle*. En español lleva el título de *Geografía universal* (6 tomos, editorial plus ultra, Barcelona, sin año y sin nombre del traductor). No resulta descaminado atribuir la traducción a D.M. Blanch, que figura como «autor» de diversos agregados a la obra. En cuanto a la fecha de la edición, considero que es alrededor de 1870. Gabriele Rosa destacó la labor de Malte-Brun en cuanto a la recopilación y aprovechamiento de un vastísimo material de libros y artículos sobre viajes, geografía, historia, y ciencias en general. (G. Rosa, *Storia generale delle storie*, Milán, 1865, p. 35). Ver, también, Hoefler-Firmin Didot Frères, *Nouvelle biographie générale*, XXXIII, París, 1863; y G. Vapereau, *Dictionnaire universel des littératures*, París, 1876.

3. Malte-Brun, *Geografía universal*, IV, ed. de Barcelona, s.a., p. 462.

dice un geógrafo célebre — improvisan al son de una guitarra cantos del género que Teócrito y Virgilio han embellecido tanto.» He empleado durante bastante tiempo, en el establecimiento industrial que tuve en Buenos Aires, a dos peones de Tucumán, que cantaban siempre de esta manera y acompañándose con la guitarra⁴.

Siguiendo con la serie, me apresuro a llegar ahora al testimonio que tiene para nosotros — argentinos — mayor significación aún. Me refiero a la cita y aprovechamiento que del mismo texto (el de Malte-Brun) hace Sarmiento en su famoso *Facundo*.

En efecto, Sarmiento coloca como epígrafe de uno de sus capítulos el texto inconfundible. (Ver Parte segunda, cap. VIII, de la primera edición; cap. XII, de las ediciones inmediatas posteriores.) Sarmiento hace la cita en francés:

Les habitants de Tucuman finissent leurs journées par des réunions champêtres, où à l'ombre des beaux arbres ils improvisent, au son d'une guitare rustique, des chants alternatifs dans les genres de ceux que Virgile et Théocrite ont embellis. Tout, jusqu'aux prénoms grecs, rappellent aux voyageurs étonnés l'Antique Arcadie.

Malte-Brun⁵.

Con respecto a la elaboración del capítulo, diré que Sarmiento, sobre todo con la ayuda del citado Malte-Brun y del Capitán Andrews, esboza un intencionado y apacible ámbito de égloga, que va a servir poco después a marcar el contraste de sangre y fuego representado en la persona de Quiroga. Pero volvamos, mejor, a lo que nos interesa realmente aquí.

Sarmiento no advierte, claro, que lo que él recoge de Malte-Brun es en parte traducción y en parte comentario de *El lazarillo de ciegos caminantes*. Quizás no conocía Sarmiento en 1845 la obra de Concolorcorvo, pero no cabe duda de que sí la conocía en 1849, ya que la menciona (y aun se demora en su largo título) en un pasaje del primer tomo de sus *Viajes*. Y como curiosa coincidencia, la cita sarmientina se refiere también a los gauderios⁶.

Acceptando el conocimiento ulterior, Sarmiento tuvo, pues, ocasión de corregir la autoría en la segunda edición del *Facundo*. O, simple-

4. Ver Arsène Isabelle, *Voyage à Buenos-Ayres et à Porto-Alegre* (Le Havre, 1835). Cito por la traducción española de P. Palant, Buenos Aires, 1943, p. 177-178.

5. Cf. Sarmiento, *Facundo*, 1ª ed., Santiago de Chile, 1845; 2ª ed., Santiago de Chile, 1851.

6. Sarmiento — repito — transcribe el largo título de la obra y concluye: «Pues bien, lo que observaba el *Lazarillo de ciegos caminantes* i repetía el Inca Concolorcorvo, sucede hoy ni más ni menos.» (Ver *Viajes por Europa, Africa i América*, I, Santiago de Chile, 1849. Cito por la edición de París, 1909, p. 33.)

Que yo sepa, Sarmiento citó en otra ocasión, únicamente, la obra de Carriò. Me refiero a su libro *Conflicto y armonía de las razas en América* (segunda parte, publicada como obra póstuma; ver *Obras*, XXXVIII, Buenos Aires, 1900, p. 178).

mente, citar el texto de Concolorcorvo, como versión original. Sin embargo, lo más seguro es que Sarmiento no se dio cuenta de que la cita de Malte-Brun era, en rigor, una cita de *El lazarillo de ciegos caminantes*, traducida con más o menos libertad al francés.

Hay algo más que conviene tener en cuenta: las páginas dedicadas por Carrió de la Vandera a los gauderios del Tucumán figuran entre las partes más recordadas del libro. Así lo atestiguan, por otra parte, infinidad de antologías (si bien sobre el conocimiento que diversos críticos y antólogos tienen de *El lazarillo* americano habría mucho que decir).

En fin, cabe la explicación de que Sarmiento conocía sólo algunas partes de *El lazarillo*, pero aquí igualmente sorprende el encontrarnos con el motivo coincidente de los gauderios y su ámbito (o uno de sus ámbitos, destacado por Carrió).

En otra perspectiva, esta situación toca el problema de las fuentes y citas sarmientinas y, en buena medida, con el problema de la elaboración del *Facundo*, aun tomando un aspecto aparentemente poco complejo, como es el de los epígrafes sarmientinos. Como espero mostrar, este tópico tiene más importancia que la que se le ha asignado hasta hoy. Aquí sólo cabe la breve mención, ya que, después de todo, estoy señalando un ejemplo que tiene que ver con el problema aludido. Pero, por otra parte, no me olvido de que en estos párrafos estoy hablando de la descendencia de *El lazarillo* de Concolorcorvo a través de contactos importantes. Sarmiento es uno de ellos, si bien, aún en su carácter, no es el único.

Volvamos ahora a Malte-Brun. Como he dicho (y es dato muy conocido) su *Geografía universal* tuvo a lo largo del siglo XIX envidiable difusión. No hubo durante mucho tiempo otra obra que, juntando rigor científico (en lo que la disciplina había ganado) y matices más o menos pintorescos, ligados sobre todo a los continentes menos conocidos, no hubo otra obra — repito — que tuviera tantos lectores, y en tantas lenguas distintas. Por cierto, es fácil adivinar cómo se leían, especialmente en Europa, los capítulos dedicados a América. Y en nuestro caso especial, cómo se leían los párrafos dedicados a la «Confederación Argentina». Además, después de muerto Malte-Brun, la geografía que lleva su nombre fue agregando, en nuevas ediciones, nuevas noticias. Y, como era fácil de prever, las traducciones fueron agregando, a su vez, partes especiales. Esto ocurrió, por ejemplo con la versión española (¿D.M. Blanch?) que, como otro testimonio curioso en nuestro estudio, incorpora precisamente un extracto de los primeros capítulos del *Facundo*⁷.

7. Pensamos, fundadamente, que la incorporación del material sarmientino se debe al citado D.M. Blanch. Se titula *Algunos rasgos típicos y morales sobre los pueblos que viven en el valle del Río de la Plata*, «extractado — dice — de la obra de D. Domingo F. Sar-

Haciendo hincapié en la relación entre Concolorcorvo y Malte-Brun, repito que el geógrafo danés francés no menciona la fuente que le sirve en su descripción de Tucumán, descripción en la cual las particularidades lírico-literarias, y hasta las aproximaciones clasicistas, revelan el inconfundible texto originario.

El hecho singular estriba en que muchos lectores del siglo XIX tuvieron conocimiento de los bosques de Tucumán, de sus pastores y pastoras, de sus juegos y cantos, a través de Malte-Brun. Pero, en realidad, era el texto de Concolorcorvo lo que estaban leyendo.

Puedo mencionar otros textos del siglo XIX, argentinos y no argentinos, que, a mi modo de ver, aprovecharon también noticias de *El lazarillo de ciegos caminantes*, sin nombrar el lugar de procedencia. Con todo, no presentan el carácter rotundo y las resonancias curiosas que ofrecen los ejemplos destacados en Malte-Brun, Isabelle y Sarmiento, dentro de las relaciones y características apuntadas⁸.

Pasemos, por lo tanto, al siglo XX. No es necesario avanzar mucho para que encontremos otro caso digno de análisis. Y a través de un nombre que, como el de Leopoldo Lugones, es siempre signo de importancia. Yo creo que Lugones conoció el *Lazarillo* americano y que de él sacó diversas noticias que aprovechó en su libro *El payador* (I, único publicado, Buenos Aires, 1916). Cercana estaba la edición de la obra de Concolorcorvo hecha por Martiniano Leguizamón, edición que había puesto al alcance común una obra rara. Pero, naturalmente, lo que tiene más peso es la coincidencia que podemos encontrar entre pasajes de *El payador* y pasajes de *El lazarillo de ciegos caminantes*, relativos a la sociedad rioplatense y a la sociedad limeña; a la abundancia de carne en la pampa y al despilfarro que de ella hacían los gauchos, a sus cantos; a referencias, más o menos idealizadas, a la Arcadia...

Mientras los peruanos abundaban en condes y marqueses, los argentinos habían suprimido la mención del título nobiliario en su trato social...

La misma abundancia de alimentación resulto igualitaria. ¡Y qué abundancia! No habiendo quien vendiese carne por libra, al salir de

miento». (Ver Malte-Brun, *Geografía universal*, ed. citada, IV, p. 483-485). Y otro dato curioso: Arsène Isabelle, como hemos visto, cita a Malte-Brun, y, por otra parte, el libro de Isabelle aparece citado en la edición de Malte-Brun que he tenido a mi alcance, vinculado a la descripción de la ciudad de Buenos Aires (*id.*, p. 467-468).

8. Dentro de este carácter, menciono obras de A. d'Orbigny (*Voyage dans l'Amérique méridionale* (1826-1833), 9 vols., París, 1839-1844; ver traducción española de Alfredo Cepeda, I, Buenos Aires, 1945, p. 79) y de Alberdi (*Memoria descriptiva de Tucumán*, en *Obras póstumas*, XV, Buenos Aires, 1900, p. 321). En el primer caso, es la descripción de un viejo gaucho uruguayo, que d'Orbigny relaciona con el mundo bucólico clásico; en el caso de Alberdi, la vinculación entre la naturaleza tucumana y el antiguo Parnaso. Claro que, repito, ni d'Orbigny ni Alberdi aparecen como prueba incontrovertible de un posible aprovechamiento de Concolorcorvo.

ningún provecho aquel menudeo, era menester comprar una res entera para un asado. Matábase una yegua, nada más que para sacar botas de sus jarretes...

A este respecto, he presenciado en los carnavales de la Rioja algunas escenas de carácter completamente griego; pero la más típica entre todas, es el paseo de las comparsas populares... Generalmente es un viejo quien entona la copla, coreada luego en conjunto por un estribillo. La orquesta consiste en una guitarra o un pífano de caña aboquillado con cera silvestre. Una damajuana de vino cuyo empajado con asas recuerda las ánforas de Arcadia, enciende el entusiasmo: y es imposible imaginar una reproducción más completa de las bacanales antiguas...

Dulce vihuela gaucha que ha vinculado a nuestros pastores con aquellos de Virgilio, por el certamen bucólico cuya misma etimología define significativamente el canto de los boyeros⁹...

Veamos, ahora, algunos posibles reparos. Así, en la mención vinculada a La Rioja, y por lo que el propio Lugones dice, quizás se trate de coincidencia de cosas. Por otro lado, bien sabemos cómo pesó en él, desde temprano, la aproximación a lo clásico. Con todo, reparo especialmente en semejanzas de vocabulario que, si son fortuitas, no dejan de ser llamativas.

Otras noticias las pudo recoger Lugones, por separado, de diferentes obras. Después de Carrió de la Vandera, Azara (*Viajes por la América Meridional*) y otros, señalaron la extraordinaria abundancia de ganado en el Río de la Plata y el desperdicio de la carne vacuna. Sobre la nobleza de Lima (y la abundancia de títulos) pudo Lugones recoger testimonios en tradiciones de Ricardo Palma. O bien, por contraste, en la Sátira de Lavardén. Pudo... Pero se da el caso de que *El lazarillo de ciegos caminantes* abarca todas estas noticias reunidas. Y más. Por lo tanto, resulta más explicable que Lugones las recoja de una fuente, y no de varias.

Nos sorprende, sin embargo, que Lugones no haya reparado en el canto alternado (en conjunto, cuatro coplas) entre una *Dama* y un *Galán* que, si no de manera total, puede considerarse como una forma particular de «payada». Vale decir, un precedente que debió tener en cuenta en su libro. Pero cabe la explicación de que Lugones no la entendió como payada, de acuerdo al concepto que él nos da. Claro: allí no contienden dos gauchos, ni se improvisa, ni el debate se centra en problemas de la naturaleza o los astros, o filosofías más o menos domésticas¹⁰.

9. Ver Leopoldo Lugones, *El payador*, 1ª ed., I, único publicado, Buenos Aires, 1916. Cito por la edición de Buenos Aires, 1961, p. 92, 116-119.

10. Veamos cómo describe Lugones la payada: «Tratábase — dice — de certámenes improvisados por los trovadores errantes, o sea las *payadas* en que se lucían los *payadores*. El tema, como en las églogas de Teócrito y de Virgilio, era por lo común filosófico,

A todo esto no he dicho aún que Lugones se muestra reacio a las citas de fuentes, tanto en el texto como en las escasas notas a pie de página. Por lo pronto, no menciona al *Lazarillo* de Carrió a lo largo de todo su libro, pero tal comprobación no invalida su posible aprovechamiento, tal como he procurado mostrar.

Sin presentarlo como contraste, noto, en cambio, que precisamente Leopoldo Lugones en unos párrafos con que anticipa una selección de *El payador*, menciona — y aun reitera — el nombre de *El lazarillo de ciegos caminantes*. ¿Lo hizo, sólo, por razones del tema? ¿O porque pudo entrever algo más? Verdad es que nada dice al respecto. De todos modos, las citas de Leopoldo Lugones hacen justicia a una obra que es necesario mencionar siempre que se hable de los gauchos primitivos, sus costumbres y sus cantos, aunque — como sabemos — en la obra de Concolorcorvo se los llama *gauderios*, y no gauchos¹¹.

En síntesis, si bien no puedo yo probarlo de manera incontrovertible, tengo el convencimiento de que Lugones conoció la obra de Concolorcorvo y que utilizó datos contenidos en ella en páginas de *El payador*, libro de alguna significación en la bibliografía lugoniana¹².

Concluyo. Sin descartar, pues, el testimonio lugoniano, y apoyándome, sobre todo, en los ejemplos de Malte-Brun, Isabelle y Sarmiento, vemos, en efecto, que las derivaciones del *Lazarillo* americano son realmente inesperadas. Y sirven, como creo demostrado, para hacer aflorar una línea oculta, no captada, en la descendencia de *El lazarillo de ciegos caminantes*.

Como anticipaba al comienzo, me parece que completo así el estudio de las dos direcciones explicables: la irradiación con nombre propio, concreta (que presento en otro lugar), y la irradiación anónima, subterránea, que es el motivo de estas páginas.

En fin, como señalaba igualmente al comienzo, confío en haber hecho un nuevo aporte sobre el *Lazarillo* americano y, aun sobre el aspecto muy particular de su descendencia bibliográfica, en haber subrayado, una vez más, su perfil de obra singular, poco común...

EMILIO CARILLA

Universidad de Tucumán

y su desarrollo consistía en preguntas de concepto difícil que era menester contestar al punto, so pena de no menos inmediata derrota. El buen payador inventaba, además, el acompañamiento musical de sus canciones, y aquellos lances duraban a veces días enteros...» (Lugones, *El payador*, ed. citada, p. 115.)

Es justo agregar que Eduardo J. Bosco, en una selección sobre *El gaucho* (Buenos Aires, 1947), después de declarar a Concolorcorvo, «el más pintoresco cronista de la colonia», señaló que su *Lazarillo* «ofrece la primera mención del contrapunto en nuestro país».

11. Ver Leopoldo Lugones, *Antología de la prosa*, ed. de Buenos Aires, 1949, p. 278.

12. Por supuesto, debemos valorarla hoy en adecuada perspectiva y más allá de indudables desniveles de información y de crítica. Aunque no sea esto último lo que aquí realmente nos interesa.